

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

**REVISTA DE HISTORIA**

Director: el Decano, DR. ELIAS SERRA RAFOLS

|        |  |          |
|--------|--|----------|
| Tomo X | La Laguna de Tenerife (Islas Canarias) | Año XVII |
|--------|--|----------|

ADORNOS DE LOS GUANCHES

**Las cuentas de collar**

POR LUIS DIEGO OUSOY

Las cuevas sepulcrales de la isla de Tenerife ofrecen aún valiosos indicios para la reconstitución de la vida y prácticas aborígenes. No es fácil ni cómodo acercarse a aquellas cuevas o penetrar en ellas: los lugares donde corrientemente están emplazadas las hacen casi inaccesibles. No ocurre esto con las cuevas habitación, enclavadas casi siempre en las márgenes de los barrancos, en los bordes altos de los acantilados y en las partes bajas de los macizos montañosos que envían sus laderas hasta las cercanías de las costas. Esta circunstancia ha determinado que estas cuevas hayan sido utilizadas y se sigan utilizando todavía para viviendas, cuadras, majadas, etc. Por ello, y como natural consecuencia, el yacimiento ha perdido todo valor al desaparecer del mismo rastros y vestigios de los primitivos.

Cosa distinta ocurre con las cuevas sepulcrales. Su mismo emplazamiento pone un valladar de dificultades, y el profanador que hasta ellas ha llegado, se ha contentado con descomponer el orden secular de los esqueletos, romper o sustraer los cráneos y vasijas y destrozor las momias, movido de salvaje curiosidad. Los objetos grandes han desaparecido—a excepción de los maxilares y huesos humanos—, mientras que los pequeños objetos han quedado, ya que, por fortuna, no fueron descubiertos.

Esto último ocurre con las cuentas de collar, de que tan pródigas son las cuevas de Tenerife, aunque por esto no se crea que todos los lugares de enterramiento ofrecen hallazgos positivos.

Una vasta labor de exploración y estudio a través de diversas zonas de la isla, permite resumir sus características diferenciadoras a las que no son ajenos, naturalmente, ni el clima ni el medio. Por los datos recogidos pueden agruparse en la siguiente forma: 1º, Zonas donde son muy escasos los hallazgos y muy numerosas las cuevas funerarias; 2º, Zonas donde siendo escasos los yacimientos

hay una relativa abundancia de cuentas; y 3º, Zonas de abundantes enterramientos y de hallazgos también abundantes.

En el primer caso están los parajes de clima seco, terreno generalmente muy accidentado y donde se practica el pastoreo en gran escala. La perfecta ventilación de las cuevas y la ausencia de humedad conservó los collares enhebrados en finas correillas o fibras vegetales. Pero el pastor llegaba a todos esos lugares y sustraía las piezas intactas. Lo propio hacía el leñador y el que recoge hierba en los riscos. (Riscos de Los Silos y Buenavista, Teno y parte montañosa de Arona.)

En el segundo caso se encuentran las zonas costeras. Los enterramientos practicados en oquedades o busios del risco basáltico, cerca de la rompiente, no son muy numerosos; pero la acción de los salitres y demás agentes corrosivos, al actuar sobre la fibra o correilla del collar, acabó por descomponerlo y las cuentas rodaron mezclándose con el polvo. Por eso se las encuentra hoy al hacer un detenido examen de todos los materiales del yacimiento. (Costa de Buenavista, Tacoronte, Matanza de Acentejo.)

Finalmente, en el tercer caso entran aquellos lugares donde el ambiente es más húmido, más abundantes las lluvias y donde existen cultivos de mucho riego que determinan filtraciones. Tampoco aquí se conservaron los collares intactos, y las cuentas que los formaban se hallan mezcladas con las piedras y la tierra de las cuevas. Con las excepciones de siempre, estos lugares suelen ofrecer cuentas abundantes. (Sauzal, Tacoronte.)

\*\*\*

En las numerosas cuevas habitación localizadas en lugares de Tacoronte, Sauzal, Matanza de Acentejo, región de Teno, Los Silos y Arona, y que fueron sometidas a detenidos trabajos de exploración y excavación, no se descubrieron las más leves señales de cuentas de collar, aún cuando se comprobara algún yacimiento por la presencia de objetos de un indudable origen primitivo, tales como restos de cerámica, punzones, tabonas, fragmentos de molinos de mano, etc.

Los escasos vestigios que casualmente se rescatan de las cuevas habitación indican que pertenecen a objetos destinados al cotidiano quehacer: la vasija, el molino, el punzón, las tabonas. Y es interesante consignar que los mismos objetos que se hallan en aquellas cuevas se encuentran también en las funerarias, además de las cuentas de collar en estas últimas. En una de éstas, excavada en Teno, hallamos junto a un punzón una espátula de hueso, raro objeto en la arqueología canaria. (Fig. I, núm. 3.) Y en otra pequeña necrópolis de Tacoronte—en el risco de Guayonje—un trozo de trenza hecha de fibra vegetal. (La misma Fig. núm. 4.)

Las cuentas de collar se hallan, pues, siempre en las cuevas sepulcrales. Ninguna de las obtenidas por nosotros—y pasan de algunas centenas—se ha recogido fuera de esos sitios. Esto suscita una serie de interrogantes, teniendo en cuenta los objetos que en dichas cuevas se encuentran. ¿La presencia de gánigos en los lugares de enterramiento obedece a alguna desconocida práctica funeraria? ¿El hallarse allí otros objetos—tabonas, punzones, etc.—indica que el cadáver era depositado en la cueva acompañado de las cosas de uso personal? ¿Son los collares simples objetos de ornamento o, como alguien ha querido ver

en ellos, signos numéricos o recordatorios de fechas, semejantes a los quipus peruanos?... Ya hemos dicho con referencia a los collares que las cuentas que los componen han sido halladas exclusivamente en las necrópolis. Tan es así, que en un caso concreto fueron recogidas en torno a las vértebras cervicales y hasta el nivel medio del tórax y a la altura del apéndice xifoide, en uno de los esqueletos descubiertos por nosotros en una cueva del Risco del Castillo (Sauzal). Creemos que de haber sido destinados a otro uso se encontrarían también en las cuevas habitación. Por lo tanto, y mientras no se demuestre lo contrario, los

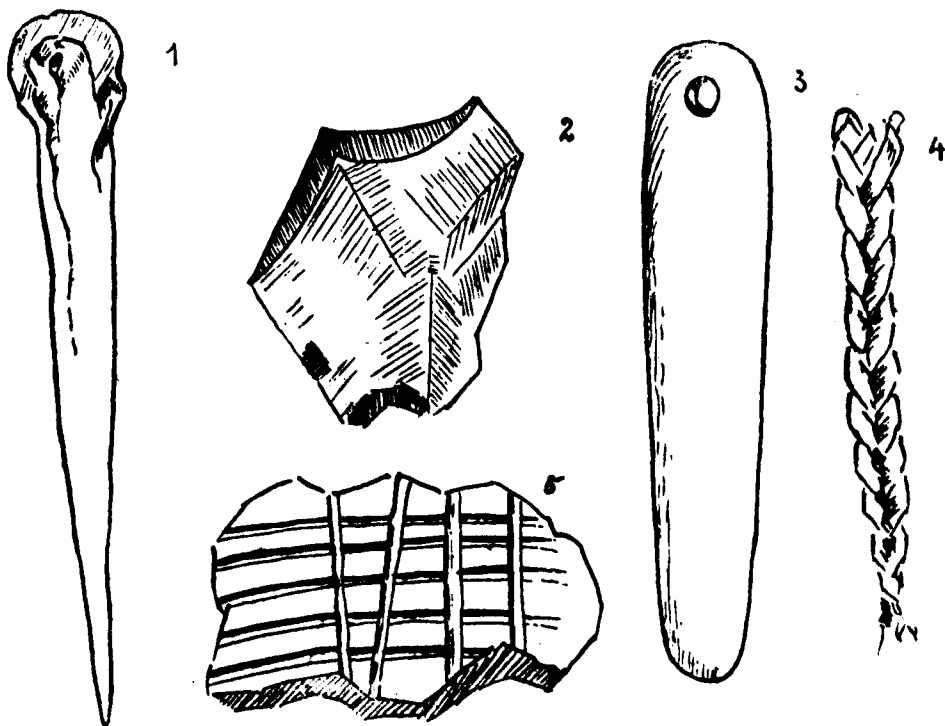


Figura 1.—1, punzón.—2, tabona.—3, espátula.—4, trenza vegetal  
5, fragmento cerámico.

vamos a seguir viendo como collares, como el único objeto de ornamento, hasta ahora conocido, de los aborígenes de la isla de Tenerife (1).

Los hallazgos fueron siempre fortuitos hasta que el trabajo se sistematizó orientándolo debidamente, labor a la que no es ajena la Comisaría de Excava-

(1) Realmente no usaban los guanches sólo collares formados de cuentas de barro cocido. Tenemos indicios de que también utilizaban conchas perforadas—lapas, caracoles marinos, etc.—y también vértebras de pescado. Lo escaso del material que hemos recogido y la extensa labor de exploración que resta por hacer obligan a dejar para mejor ocasión el dar a conocer con la amplitud debida estos objetos.

ciones Arqueológicas de la Provincia. Ello permite decir que las cuentas de collar pueden irse a buscar a necrópolis ya conocidas con anterioridad, aún en los casos en que se tenga noticias de que tales necrópolis han sido arrasadas. La cuenta de collar, por su tamaño, se salva casi siempre.

Interesa mucho, ya dentro de la cueva sepulcral, fijarse en sus planos de inclinación y en los materiales que la componen.

Dada la forma de las cuentas, al desenherrarse ruedan libremente yendo a parar a los planos inferiores. Si la cueva ha sido removida, con mayor motivo, pues se ha facilitado el rodar de las piezas y su agrupamiento en un lugar determinado: hemos observado en este caso que el hallazgo de una en una depresión del plano inferior de la cueva, es signo de que en el mismo lugar se han de encontrar más.

Corrientemente los materiales que componen el yacimiento son planos o redondos y a veces mixtos. En cuevas constituidas por materiales planos—lajas de basalto—las cuentas están en las grietas, por lo cual su búsqueda es cómoda. Pero tanto en este caso como cuando se hallan materiales redondos—conglomerado, lava—, hay que extraer primero las piedras mayores. Con el conglomerado conviene seguir la extracción de materiales hasta que se haya llegado a una capa profunda—la última siempre es de tierra o arena—compuesta de pequeños fragmentos: aquí es donde suelen hallarse las cuentas mezcladas con aquellos fragmentos de peso y volumen aproximadamente iguales al del objeto que se busca. En cuevas excesivamente removidas se impone un concienzudo cernido de la capa de tierra, pues es frecuente encontrar las cuentas en el fondo.

\*\*\*

Este objeto ha sido poco o nada estudiado en Tenerife, isla que parece ser la única que lo posee. Viera y Clavijo refiere que en el año 1767, unos muchachos que recogían hierba en unos riscos de Gülfmar "trajeron de las cuevas de los guanches una considerable cantidad de cuentas de figura cilíndrica, algunas de ellas unidas de dos en dos y de tres en tres. Su material es un barro cocido tan sumamente duro que parece piedra. Algunas tienen un encarnado como de coral; otras son rubias y otras pardas y negras. La pulidez con que están hechas y horadadas es singular. Se encuentran entre los cadáveres y es de presumir que las usaban para adorno".

El colorido que señala es exacto, así como el pulimento exterior y la finura y limpieza del orificio.

Sin duda se seleccionó bien la tierra destinada a la confección de las cuentas. Se usa un material extremadamente limpio donde resulta difícil hallar minúsculos granos de arena. No creemos que dispusieran de un objeto destinado a cernir la tierra: acaso se obtuviera aquel material tan fino sometiendo la tierra a un procedimiento igual al que se sigue para aventar.

El orificio central se hacía probablemente con un objeto muy pulido y aguzado—extremo de un punzón, pico o espina de *Euphorbia canariensis*—y a veces con un trocito de palo muy fino, pues en una cuenta hemos apreciado la impronta dejada por el objeto vegetal utilizado. Practicábase siempre estando aún blanda la pasta de la cuenta.

Observando detenidamente las cuentas cilíndricas desvirtúase la opinión de

Viera y Clavijo: no están unidas de dos en dos o de tres en tres. Hay que pensar para este caso que las cuentas serían corrientemente anulares y al unirse formarían un cuerpo cilíndrico, quedando señalados los puntos de unión por trazos circulares marcados en todo el espesor de la cuenta. Para ello, las cuentas deberían tener el mismo diámetro. Pero es lo cierto que numerosísimos fragmentos de cuentas cilíndricas que hemos analizado ofrecen un aspecto compacto en todo el cuerpo y el trazo correspondiente a las incisiones es superficial y se ve con toda claridad donde termina, lo que no sucedería en el caso de estar formada la cuenta por varios cuerpos o anillos. Entonces, la zona de unión sería fácilmente descubierta.

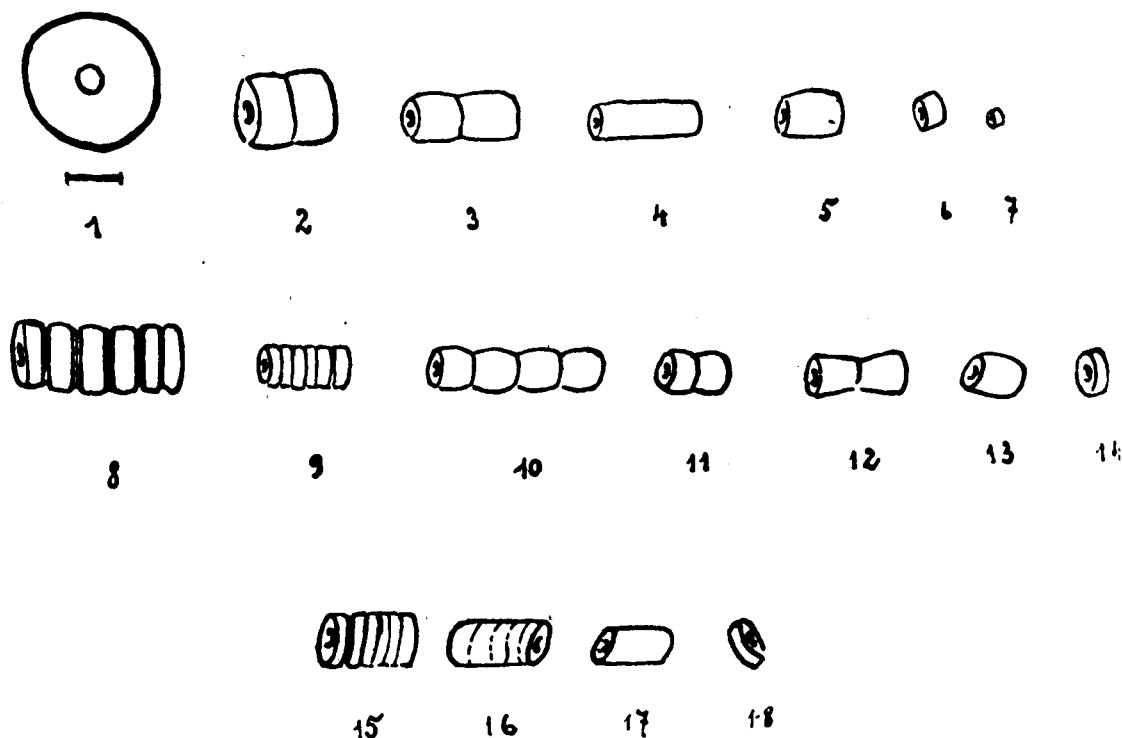


Figura II.—Cuentas de collar segmentadas.

No cabe duda que las incisiones practicadas en el cuerpo de la cuenta se ejecutaban con un objeto sumamente afilado—¿tabona, caña?—, nunca por impresión. A veces es sólo un ligero rayado y otras veces un corte de cierta profundidad, hasta de medio milímetro, lo que en realidad le da a la cuenta el aspecto de estar constituida por varios anillos o segmentos. (Fig. II, núms. 2, 8, 9 y 15.)

Otras veces ocurre que la incisión no es perfectamente circular, sino que se ondula en torno al cuerpo cilíndrico, probablemente por haber sido sometida a determinada presión la cuenta estando aún blanda la pasta. (Fig. II, núm. 16.)

En algunos casos, en vez de incisión se observan unos estrangulamientos, lográndose con ello un tipo de cuenta particularmente interesante, como puede verse en la misma (Fig. II, núms. 3, 10 y 11).

¿Qué técnica se empleaba en la ejecución de tan delicado objeto? Descontando la primera fase, o sea la de selección y preparación de la tierra, interesa fijarse en la estructura de las cuentas y en los detalles de confección. Gran parte de cuentas rotas y fragmentos recogidos revelan que están constituidos por el mismo material; sin embargo, en otros distingúense dos o más capas concéntricas, superpuestas, de coloración y material distintos: la capa externa siempre es más fina, acaso de almagre, y sometida invariablemente a un cuidadoso pulimento, causa de que hasta hoy conserva un hermoso brillo, tan intenso a veces que da la impresión de un vidriado.

Hay que señalar lo compacto del material que compone las cuentas, signo de una cuidada preparación o amasado del barro. En cuanto al pulimento, lo conservan las cuentas que se hallan en yacimientos de tierra, arena y polvo; pues en aquéllos donde abundan los materiales de basalto y lava, por un frote con éstos, debido, las más veces, a remoción de las piedras, pierden no sólo el brillo, sino la fina capa exterior.

La cocción era también muy perfecta: a ella hay que atribuir esa dureza característica de la cuenta, dureza que la salva hasta de la acción del agua, pues hemos extraído cuentas de cuevas húmedas y encharcadas sin que presenten el menor aspecto de disgregación o deterioro.

Por lo que respecta a la forma, acaso las anulares se obtuviesen por cortes sucesivos de un cilindro. Un trozo de pasta sometido a un movimiento de vaivén entre dos cuerpos planos—también entre las palmas de la mano—, daría las cuentas cilíndricas. Las de forma discoidea es probable que se trabajasen entre los dedos: sosteniendo con el pulgar y medio u otro dedo un pequeño trozo de barro, aplanándolo, y con los mismos dedos de la otra mano imprimirle el contorno circular. Casi podemos afirmar que esto es así por ser en estas cuentas donde se hallan numerosas huellas dactilares.

Hay cuentas de diversos tipos, aunque es más rica la variedad por lo que respecta a los tamaños que a las formas. Estas pueden resumirse en: cilíndricas, tubulares, anulares, discoideas y globulares, y una variedad muy escasa de segmentos extremadamente acusados que dan a la cuenta un perfil lobulado en vez de recto.

El tipo cilíndrico es el que predomina, unas veces segmentado y otras no. Hasta ahora lo hemos encontrado en todas las zonas exploradas, tanto del Norte como del Sur de la Isla. Presenta longitudes máximas de 25 mm. y mínimas de 9 mm., y diámetros máximos de 9 mm. y mínimos de 2 mm. Hay infinidad de tamaños intermedios.

Las tubulares, no segmentadas sólo las hemos hallado en tres yacimientos de zonas contiguas—Tacoronte-Sauzal—; abundan poco, pues salvo dos o tres ejemplares, todas las recogidas pertenecen a una sola cueva necrópolis de dos enterramientos, emplazada en el Risco de Guayonje (Tacoronte). Por cierto, que su distribución en el interior del citado yacimiento era sumamente curiosa: en el ángulo del Naciente sólo se encontraron tubulares (Fig. IV, núm. 2); en el ángulo opuesto, el mismo tipo mezclado con cuentas de forma aproximadamente

globular (Fig. IV, núm. 1). En dichos lugares de la cueva, según informaciones recogidas de quien halló intacto el yacimiento, yacían los dos cadáveres. El diámetro de las globulares no excede de 5 mm. y su espesor es de unos 3 o 4 mm. La longitud máxima de las tubulares no pasa de 20 mm., siendo de 10 el tamaño de las más pequeñas.

Las anulares, de variadísimos tamaños, van entre los 17 y los 2 mm. de diámetro, con un espesor que oscila entre los 7 y 1½ mm. El área de dispersión de este tipo es muy extensa: lo hemos hallado en Teno, Los Silos, Buenavista, Arona, Sauzal, Tacoronte, Matanza de Acentejo y Santa Ursula. (Fig. IV; véanse ejemplares de este tipo en núms. 3, 4 y 5.)

Las discoideas, que parecen ser las de factura más tosca, sólo las hemos recogido, y no en gran número, en una cueva de los riscos de El Sauzal. Diámetros: máx., 15 mm.; mínimo, 5 mm. (Véanse tres ejem. en la Fig. IV, núm. 3).

Perfectamente globulares—aparte las descritas pertenecientes al yacimiento de Guayonje—sólo hemos podido recoger una en una cueva costera de Los Silos. Es curiosa su decoración con blandas incisiones que van de uno a otro orificio en graciosa curva. No podemos asegurar que sea de barro cocido. (Fig. IV; la del extremo derecho del núm. 5.)

Las que se agrupan en la Fig. III fueron recogidas en una cueva enclavada en el Risco del Castillo (Sauzal), a excepción de la más pequeña, que se halló entre otras de variadas formas en el Risco de los Sauces (Tacoronte). La mayor tiene unos 29 mm. de longitud y la más pequeña 5 mm.

Es en verdad de lamentar que no se haya podido rescatar ningún collar intacto. No ha sido posible tampoco reconstituir ninguno a base de cuentas recogidas. Lo más que hemos podido hacer es agrupar caprichosamente las cuentas halladas en torno a aquel esqueleto de la cueva del Risco del Castillo, de que ya hablamos, pues no nos cabía duda ninguna que solamente a él pertenecían.

Puédese desde luego decir que en ninguna cueva hay un solo tipo de cuentas, revelador esto de un cierto gusto en la distribución de los elementos del collar.

En la Fig. II, núms. del 1 al 7, los diversos tipos hallados en la cueva del Risco de los Sauces. Del 8 al 14, los pertenecientes a la cueva del Risco del Castillo. Del 15 al 18, en una de Las Laderas (Arona). Todas las agrupadas en el núm. 8 de la Fig. IV, se hallaron en la Cueva de los Caninos (Sauzal). En la misma Fig. IV, núm. 4, las encontradas en una cueva de Teno.

No es aventurado suponer que las cuentas hasta ahora conocidas pertenecen a épocas distintas, pues sorprende el perfecto acabado de unas si se las compara con la forma tosca y simple factura de otras. Hay, pues, una oscura cronología que acaso nunca podrá precisarse.

Pero dejando esto y volviendo los ojos al valor arqueológico de las cuentas de collar, a su relación y semejanza con objetos análogos pertenecientes a otros pueblos y a otras culturas, ¿qué es lo que nos dicen?... Hay ahora un denso silencio por toda respuesta. Quizás algún día, cuando estas cosas que hoy se lanzan a la general curiosidad con la máxima sencillez y sin mayores pretensiones, caigan bajo la sagaz mirada de doctos arqueólogos y se estudien analogías y relaciones, acaso entonces este pobre objeto de ornamento guanche adquiera su justo valor.

No obstante no se pierden de vista—ahora que hacia las cuentas miramos— los vestigios de industrias neolíticas y los hallazgos de collares y amuletos en sepulturas y palafitos. “En Egipto—escribe Jaime de Morgan—en las tumbas neolíticas y eneolíticas se encuentran con frecuencia collares formados por perlas o conchas, colgantes y brazaletes de marfil, alabastro, nácar, incluso sílex” (2).

El profesor y prehistoriador español Luis Pericot hace observar que los ejemplares de cuentas recogidas en la Península, en estaciones levantinas, son de materias poco duras, acaso azabache: en las estaciones septentrionales son de piedra, y siempre negros. “Fuera de Egipto y de nuestro país—añade—no las hemos visto todavía señaladas” (3).

En el trabajo citado escribe: “Otro objeto que nos interesa señalar es el llamado por los ingleses *segmented beads*, cuentas segmentadas. Se encuentran en el Sudeste de España en la época argárica, pero tienen un precedente en piezas anteriores y aún en las cabezas de agujas de hueso torneadas del eneolítico levantino. Su relación con tipos semejantes del Egipto es cosa admitida hace tiempo por los prehistoriadores (Siret, Evans). Recientemente el conocido investigador inglés V. Gordon Childe utilizó este paralelismo para rebajar la fecha de la cultura argárica hasta un momento muy avanzado, fundándose en que el tipo, en Egipto y en el Egeo, no era anterior a la época del Imperio nuevo. Sin embargo, entre el material de sepulcros egipcios de las primeras dinastías, en el Museo Británico, hemos tenido ocasión de ver algunos ejemplares y se han señalado incluso para la época predinástica. Por otra parte, en el Sudeste de España se encuentran cuentas de este tipo en el neolítico medio de Siret, o sea en la época contemporánea o anterior a las primeras dinastías egipcias (alrededor del año 3000 a. C.) Con ello tenemos un elemento muy claro de relación entre Occidente y Oriente que agregar a los dos anteriores, con la ventaja para éste de que la idea de una relación con Egipto ha sido ya aceptada y se ha abierto camino” (4).

El mayor número de cuentas de collar guanches caen, por su forma, dentro del grupo de las *segmented beads*. Queda por estudiar la relación de aquéllas con éstas. Parece ser que de barro cocido sólo existen en Tenerife, pues no se cita este material, sino el vidrio, el azabache, la piedra, etc.

¿Aquella relación entrevista entre Oriente y Occidente dejó escapar algún reflejo hacia las islas? ¿Serán las cuentas de collar un destello de aquel reflejo? ¿Tendrán el extraordinario valor de pequeños mojones en el largo y remoto camino de las culturas?...

Sea lo que fuere, damos hoy estos datos, mostramos estos objetos, seguros de que, si no en trascendencia, sí en la intención prestamos una modesta colaboración al vasto hacer de los estudios canarios.

(2) “La humanidad prehistórica”, pág. 215. Ed. Cervantes, Barcelona, 1925.

(3) “Sobre algunos objetos de ornamento del eneolítico del Este de España”. *Tip. de Archivos*, Madrid, 1936.

(4) Op. cit., pág. 20.



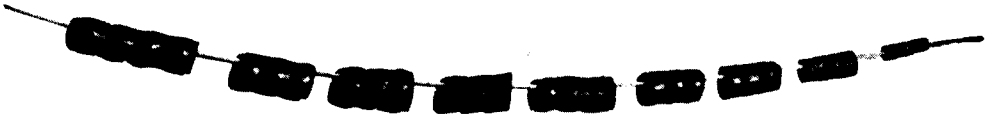


Fig. III

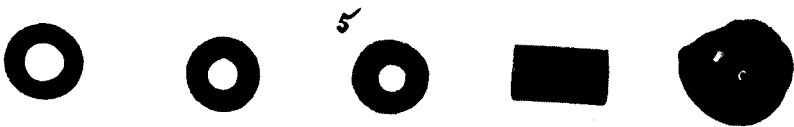
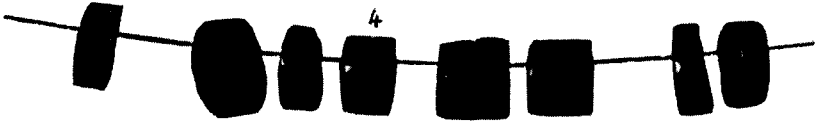
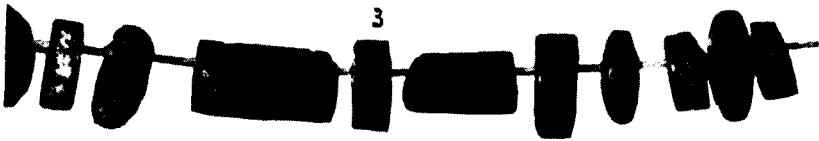
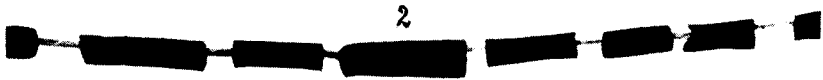
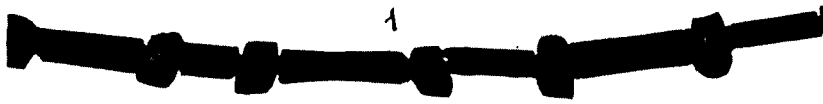


Fig. IV